



Ensayo del montaje de *Copenhague* que se representará en Madrid

Hitler, la bomba atómica y la conciencia

ALFONSO ARMADA (NUEVA YORK)

FUE uno de los «bombazos» de Broadway en el 2000, después de haber «electrizado» durante dos años al público londinense. *Copenhague*, una de las mejores obras jamás escritas por el británico Michael Frayn, llega a Madrid acaso en un momento particularmente propicio, dado el estado de exacerbación espiritual propiciado por los primeros compases de un nuevo siglo que es difícil pensar que hubiera podido arrancar peor. La guerra, con su atroz palangana donde se precipitan todos los ácidos del extremismo, tanto los del miedo y el odio como los de la generosidad y el valor, pone al alma y el cuerpo en estado de sitio. No es fácil pensar con claridad en esos momentos, algo que el buen teatro proporciona a manos llenas y de uno en uno, no en vano es capaz de apelar simultáneamente a la razón y a la emoción en un sorprendente cóctel que sucede en el tiempo, en la vida real, ante los ojos de espectadores de carne y hueso que al asistir a esa consagración de la carne y la palabra le dan todo su sentido a una ceremonia que nos humaniza. *Copenhague* pone en escena uno de los más enigmáticos encuentros de la física del siglo XX: la visita que acaso el más brillante de los científicos al servicio de la Alemania hitleriana, Werner Heisenberg, hizo en septiembre de 1941 a su amigo Niels Bohr en su casa de Copenhague. La pieza trata de hacerse las preguntas pertinentes: qué ocurrió en aquella entrevista, qué pretendía saber Heisenberg, qué le dijo Bohr; se podía hablar de un programa nuclear alemán, contri-

buyó la cita a acelerar o a ralentizar los planes armamentísticos de la Alemania nazi y sobre todo la gran interrogante que las contingencias de la guerra dejó en la cuneta: la responsabilidad final de los científicos que fueron capaces de crear «la madre de todas las bombas», un artefacto incomparable, que multiplicaba hasta el grado cero la capacidad destructora del hombre, un ingenio tan devastador que marcaría la historia del siglo XX desde que fuera usada no una, sino dos veces, por Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki, y desencadenaría una carrera delirante y una estrategia apocalíptica denominada «destrucción mutua asegurada». Sus estragos han salvado la barrera artificial del siglo y ya tenemos a la fiera atómica asomando el hocico en los peores escenarios de la humanidad.

Reclamo ético

Todo ese trasfondo late como un poderoso reclamo ético y moral en las tres figuras que Frayn sube al escenario: dos amigos dotados de una inteligencia fascinante, dos premios Nobel (Bohr por sus trabajos sobre la mecánica cuántica, Heisenberg por el principio de incertidumbre). Bohr lograría abandonar su casa vigilada en Copenhague y sumar en Estados Unidos su talento al proyecto Manhattan, del que saldría la primera bomba atómica. Heisenberg regresaría a una Alemania que al parecer nunca estuvo lo bastante cerca de lograr hacerse con un artefacto que hubiera cambiado el curso de la Se-

gunda Guerra Mundial y la historia del mundo. En el prodigioso montaje que Michael Blakemore dirigió en el Royale Theatre de Nueva York, los dos actores y la actriz que interpretaba a la esposa de Bohr, Margrethe, revisitaban aquel encuentro en Copenhague y lo hacían moviéndose en un espacio circular, en una casa imaginaria que parecía un desnudo laboratorio universitario para explorar dos misterios: el de la física y el de las relaciones humanas, el de las partículas elementales y el de la amistad y sus laberintos. Se movían los actores sobre un suelo de madera clara que parecía un calco de nuestro asendereado globo terráqueo como si fueran electrones, protones y fotones. Los que tuvimos la suerte de asistir a alguna de aquellas representaciones en Manhattan entendimos no sólo el fascinante campo de experimentación teatral y poética que la física abre a los creadores dotados de tanta pericia y amor al riesgo como Michael Frayn, sino que también pudimos asomarnos a esa encrucijada dramática entre la política y la ciencia que la bomba atómica selló para siempre con el fascinante horror del hongo venenoso. *Copenhague* es un fascinante viaje a la conciencia. ♦

Copenhague, de Michael Frayn, se estrenará en el Centro Cultural de la Villa de Madrid el 19 de abril, dirigida por Román Calleja e interpretada por Sonsoles Benedicto, Fernando Delgado y Juan Gea.